Reina María Rodríguez

Prendida con alfileres

...*Qué necesidad de alfileres tenía esa mujer.*...

V. Woolf

Desde que era una niña vi a mi madre agacharse para recoger los pedazos cortados a un dobladillo, a una bocamanga, a un doblez. Los alfileres que habían caído al suelo sin sonar (tan ligeros), zafándose del peso, eran recogidos también con un pequeño imán que ella frotaba y frotaba contra el piso después de entallar un vestido sobre un cuerpo deforme. El sonido y el movimiento de las tijeras cortando una seda, un *crepé*, una ilusión, no debió ser una visión tan fuerte en su conjunto, como aquella de recoger los restos, las hilachas sobrantes. Allí estaba humildemente mi madre barriendo el suelo con las manos, las pelusas. Esto me dio un sentido de la gravedad, de la atracción terrible hacia el fondo de las cosas que yo veía caer como una imagen doble a través del espejo. Al tocar sus dedos siempre había algo herido, un arañazo, una rozadura, cuyo dolor aparecía después marcado con sangre en la tela. Eran dedos ásperos acostumbrados al hilo; ojos acostumbrados a mirar a través de un calado. Ella, mi madre, tenía que embarajar los pechos, la masa contrahecha, la sustancia.

Si la poesía tiene que ver con alguna experiencia, cada uno de nosotros tendrá seguramente una anécdota origen que contar, pero creo que será una historia amanerada, o deformada también como los cuerpos por múltiples errores que luego llamamos experiencia: el oficio de contener un lenguaje, de merodear a través del sonido frufú de una tela que se estampa en la carne. ¿Qué hacemos sino ensartar? ¿Volver y volver sobre las puntadas de un largo hilván que mientras más pasa el tiempo se zafa, y se zafa? Queremos apresar un tejido que por los bordes se deshace y poner un vivo de raso allí, para rematar. Pero la palabra insatisfecha se derrama por los bordes, porque la cosa está adentro de la palabra entallada, y el alfiler no puede sujetar los recovecos de un paisaje que se llama memoria. Al virar la tela por su envés, bajo el pisacosturas, está ese país que nos contiene a todos y donde habita mi madre, la gran costurera.

Con el paso del tiempo siento que cada frase está viva en algún lugar de esos retazos cuyos hilos plateados formaban flores, pájaros, zorros que durante la noche se convertían en arabescos terribles con historias y personajes que salían a deambular. Porque seguir siendo aquella niña o niño cuyo amasijo de vanidades en la tela cobraría forma algún día, es el empeño de cada poeta.

Reina María Rodríguez, Cuba, 1952

Si les digo que sigo creyendo en ese oficio «de culo y mano» como lo llamaba mi madre, entonces, no les miento. El oficio de percibir que ella me enseñó sin querer es el más caro, el más lujoso. La tela que se exprime también muere, el brocado se enrarece, y al final queda un color desvaído, no el firme amarillo de los frailejones.

Agradezco a las clientas de mi madre servir de modelos con sus vestidos usados en las fiestas que no tuve. Agradezco a los modelos ilustres que nos vigilan desde esa larga, interminable pasarela: a Pessoa, a Marina, a Djuna, a Silvia, a Olson, a Kavafis, a Virginia, a Michaux, a Carrera, a Anne Sexton, a Kózer, a tantos otros, las maneras de un sentir: esa razón de entrar a la locura y, a la vez, de no entrar nunca; esa costura doble de las candelillas cruzándose y descruzándose sobre un tejido muerto, pero vivo. Capas y capas de «tul» de una cultura que no se pueden reprimir, una sobre otra, alternando la simulación de un vuelo para un baile entre todos. Agradezcamos la doble vida que nos dieron atada a un cojín *fucsia* donde recostar la cabeza cansada. En el cojín hay un paisaje para cada cual, único.

(De Reina María Rodríguez: *El libro de las clientas*.
La Habana: Letras Cubanas 2005)